

«Y aquí radica, si se me permite insistir, pues acabamos de señalar el rasgo característico, la diferencia fundamental que separa, en mi opinión, el arte moderno del antiguo, la forma actual y viva de la muerta o, para utilizar palabras más vagas pero más acreditadas, la literatura *romántica* de la literatura *clásica*». (*Cromwell*, París, 1828, pp. XI-XII)

Las revistas españolas más apasionadamente favorables al romanticismo, y por tanto a Víctor Hugo, son *El Artista* y *No me olvides*. El tomo I de *El Artista* publica una interesante reseña crítica de la novela de Hugo *El último día de un reo de muerte*, fuerte alegato contra la pena de muerte. La nota va firmada por el conde de Campo Alange, habitual colaborador de *El Artista*, y que meses después moriría en la guerra carlista. Después de un largo preámbulo en el que Campo Alange defiende la revolución romántica, aunque quiera dar su toque de moderación («en política, como en literatura, hay siempre energúmenos que todo lo llevan al extremo. De éstos huiremos cuanto podamos»), nos ofrece en sólo tres líneas su valoración del libro: «El argumento del presente libro es severo; su intención sumamente filantrópica; y el sabor que deja su lectura, amargo, como el de casi todas las verdades».

Declaración típicamente romántica: la verdad tiene sabor amargo, pero a pesar de ello la literatura debe reflejarla para mejorar la sociedad. Expone la moralidad y la filantropía de la obra, lugar común en la polémica, y concluye Campo Alange: «El arte, envilecido hasta ahora con harta frecuencia y encerrado en estrechos y mezquinos límites, aspira a mayores cosas, y exige, del mismo modo, mayores conocimientos en los que han de juzgarlo. Esto es lo que irrita a muchos; ésta, la causa de la aversión que profesan a la escuela moderna, representada, según lo entendemos, por sus jefes y no por sus abortos».

«Para muchos será esta obra de un género enteramente nuevo, desconocido; pero sólo les pedimos que la lean con detención, y si llega a interesarles vivamente el reo, si hallan verdad en la pintura de sus tormentos y aún llegan a sentirlos en parte, no se esfuercen por indagar si los medios que el autor ha empleado para lograr su fin están en conformidad con las reglas. La condición primera e imprescindible de toda la obra de imaginación es el interés. Si lo tiene, buena será, por más que Aristóteles y todas las universidades del mundo la tachen de perversa».

«(...) Y si es cierto que cada idea produce en el ánimo una sensación, una página de Víctor Hugo producirá a veces un número mayor de sensaciones que cuatro páginas de otro autor que, con sus periodos largos, contenga en este volumen menos ideas que el primero». (*El Artista*, tomo I, pp. 41-42).

Sobre la representación del drama *Lucrecia Borgia*, el director de *El Artista* Eugenio de Ochoa vierte unas consideraciones que pueden tomarse como oficialistas dentro de la publicación: «He aquí por fin una obra verdaderamente romántica; ya, gracias a Dios, no nos vendrán diciendo ciertos seres que el romanticismo es una quimera, un sueño vano que no existe más que en las cabezas de algunos fanáticos o, a lo más, una cosa en profecía como el Mesías imaginario de los judíos. Ya es evidente que el romanticismo, bueno o malo, existe, y no es poco haber logrado tamaño triunfo».

Refiriéndose concretamente al drama, muy alta pone la valoración Ochoa: «Lucrecia Borgia, con sus grandes defectos, con sus sublimes bellezas, es la personificación de ese género grandioso, creado por Calderón y Shakespeare, cultivado con tan brillante éxito por Goethe y Schiller, y elevado a tanta altura por los dos colosos del moderno teatro francés, Víctor Hugo y Alejandro Dumas».

La exaltación de Ochoa va adquiriendo grados según avanza el artículo: «Lucrecia Borgia es una creación tan gigantesca como el genio de Víctor Hugo: obra destinada, como todas las de este poeta, a formar época en su siglo, no puede menos de arrebatarse a cuantas personas sean capaces de sentir, cualesquiera que sean sus opiniones literarias, porque éste es el privilegio del genio. En cualquier tiempo, en cualquier país entusiasmará Lucrecia Borgia a las personas capaces de comprenderla».

Cerramos la crítica de Ochoa con este aventurado vaticinio suyo, propio de sus pocos años: «Cuando nuestro público se familiarice con la poesía grandiosa del género romántico, cuando a la sorpresa y al susto que ahora le causan los dramas de esta naturaleza suceda en su ánimo la meditación, creemos que le gustarán Lucrecia Borgia y todas las obras de Víctor Hugo». (*El Artista*, tomo II, pp. 47-48)

En el mismo tomo II de *El Artista* Jacinto de Salas y Quiroga publica «Una visita a Víctor Hugo», que bien serviría de réplica al artículo de *Nosotros*. Pocos meses después de desaparecer *El Artista*, el propio Salas funda y dirige el semanario *No me olvides*, de similar orientación a la revista de Ochoa y Madrazo. En su nueva revista, Salas rinde homenaje más de una vez a Hugo, siendo el más reseñable el que le dedica con ocasión de traducirse al español *Las voces interiores*. Entre otras cosas, destaca la filosofía y la moralidad de la obra: «Víctor Hugo no tiene un verso sin ella (filosofía), una frase que no tenga un fin moral, porque este poeta, que el vulgo estúpido cree insultar llamándole romántico, sabe que la poesía no es más que un medio, y que es preciso hacerla servir al fin para que fue creada: para mejorar la condición humana». (*No me olvides*, 22 de octubre de 1837).

Allá en sus principios, el polifacético Víctor Balaguer dirigió en Barcelona la hermosa revista *El Genio*, en la que reproduce, en el número de 3 de noviembre de 1844, su discurso de ingreso en la Sociedad Filomática de Barcelona. En la alocución proclama a Hugo y a Dumas los fundadores del romanticismo, afirmando que han basado ambos sus obras en la literatura española: «Al igual que Lope, Víctor Hugo fue el primero de nuestros modernos que echó el guante a los sectarios de la antigua sociedad. La helada brisa de los Pirineos nos trajo en un bello día los acordes acentos de su lira y cien vates españoles cogieron la péñola que descansaba sobre al tumba silenciosa de nuestros antepasados. El genio de Hugo era demasiado grande para circunscribirse a las ideas aristotélicas que antes de su aparición dominaban. Quiso constituir una escuela literaria que llevase impreso el sello de su nombre y que transmitiese a los siglos venideros la superioridad de su genio. Logrólo efectivamente. Al grito de regeneración que dio Víctor Hugo, la vieja literatura se hundió entre los escombros y ruinas de su templo social, y entonces el príncipe del romanticismo, como hábil y sagaz arquitecto, recogió de entre los escombros los fragmentos que más bellos le parecieron y, cargado con sus despojos, fue a colocar el pedestal de su grandeza sobre las columnas que sostenían el nuevo templo. Estas columnas, señores, eran cuatro, y en cada una de ellas estaba grabado un nombre. *Lope, Tirso, Calderón, Moreto*. De este templo, edificado a orillas del Sena, salió el pensamiento regenerador que puso en conmoción Europa entera, y llamó a la juventud para que fuese a alistarse bajo sus banderas. Preciso es confesarlo, señores, el nombre de Víctor Hugo, llevado por todos los vientos, encontró eco en todos los pueblos europeos, hizo vibrar una cuerda en todos los corazones entusiastas y tomó posesión de la tribuna que le ofrecieron todas las ciudades. El fundador de la escuela romántica colocóse frente a frente de la sociedad, luchó con ella a brazo partido para desarraigar sus preocupaciones y sus doctrinas».

«(...) Nuestra patria, señores, fue la primera que siguió las huellas de ese coloso, porque nuestra patria es acaso la única que estaba en estado de comprenderla. Sólo hay en Europa dos literaturas enteramente originales y que se deban a sí propia su gloria, tales como son la inglesa y la española, hija la una de Shakespeare, hija la otra de Lope».



Daniel Perea: *Retrato de Salvador Sánchez «Frascuero»*  
publicado en *La Lidia* (21 de junio de 1886)